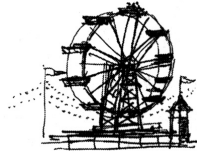


El final



Este relato es sobre un hombre que se llamaba Eddie y empieza por el final, con Eddie muriendo al sol. Puede parecer raro que un relato empiece por el final, pero todos los finales son también comienzos, lo que pasa es que no lo sabemos en su momento.

La última hora de la vida de Eddie transcurrió, como la mayoría de las de los demás, en el Ruby Pier, un parque de atracciones junto a un océano gris. El parque tenía las atracciones habituales: una pasarela de madera, una noria, montañas rusas, autos de choque, un puesto de golosinas y una galería donde uno podía disparar chorros de agua a la boca de un payaso. También tenía una nueva atracción que se llamaba la Caída Libre, y sería allí donde moriría Eddie, en un accidente que aparecería en los periódicos del estado.

En el momento de su muerte, Eddie era un viejo rechoncho de pelo blanco, con el cuello corto, pecho abombado, antebrazos gruesos y un tatuaje medio

borrado del ejército en el hombro derecho. Sus piernas ya eran delgadas y con venas, y la rodilla izquierda, herida durante la guerra, la tenía destrozada por la artritis. Usaba un bastón para caminar. Su cara era ancha y estaba curtida por el sol, con unas patillas blanquecinas y una mandíbula inferior que sobresalía ligeramente y le hacía parecer más orgulloso de lo que se sentía. Llevaba un pitillo detrás de la oreja izquierda y un aro con llaves colgado del cinturón. Calzaba unos zapatos de suela de goma. En la cabeza llevaba una vieja gorra de lino. Su uniforme marrón claro era como el de un obrero, y eso era él, un obrero.

El trabajo de Eddie consistía en el «mantenimiento» de las atracciones, lo que en realidad significaba atender a su seguridad. Todas las tardes recorría el parque, comprobaba cada atracción, desde el Remolino Supersónico al Tobogán Acuático. Buscaba tablas rotas, tornillos flojos, acero gastado. A veces se detenía con los ojos vidriosos y la gente que pasaba creía que iba mal algo. Pero él simplemente escuchaba, sólo eso. Después de todos aquellos años era capaz de *oír* los problemas, decía, en los chisporroteos y farfulleos, y en el matraqueo de las maquinarias.

Cuando le quedaban cincuenta minutos de vida en la tierra, Eddie dio el último paseo por el Ruby Pier. Adelantó a una pareja mayor.

—Buenas —murmuró tocándose la gorra.

Ellos asintieron con la cabeza educadamente. Los clientes conocían a Eddie. Por lo menos los habituales.

Le veían verano tras verano, una de esas caras que uno asocia con un sitio. En el pecho de la camisa de trabajo llevaba una etiqueta en la que se leía «EDDIE» encima de la palabra «MANTENIMIENTO», y a veces le decían: «Hola, Eddie Mantenimiento», pero él nunca le encontraba la gracia.

Hoy, resulta que era el cumpleaños de Eddie, ochenta y tres años. Un médico, la semana anterior, le había dicho que tenía herpes. ¿Herpes? Eddie ni siquiera sabía lo que era. Antes tenía fuerza suficiente para levantar un caballo del carrusel con cada brazo. Eso fue hacía ya mucho tiempo.

—¡Eddie! ¡Llévame, Eddie! ¡Llévame!

Cuarenta minutos hasta su muerte, y Eddie se abrió paso hasta el principio de la cola de la montaña rusa. Al menos una vez por semana se subía a cada atracción, para asegurarse de que los frenos y la dirección funcionaban bien. Hoy le tocaba a la montaña rusa —la Montaña Rusa Fantasma la llamaban— y los niños que conocían a Eddie gritaban para que los subiese en la vagoneta con él.

A Eddie le gustaban los niños. No los quinceañeros. Los quinceañeros le daban dolor de cabeza. Con los años, Eddie imaginaba que había visto a todos los quinceañeros vagos y liosos que existían. Pero los niños eran diferentes. Los niños miraban a Eddie —que con su mandíbula inferior saliente siempre parecía que estaba sonriendo, como un delfín— y confiaban en él. Les atraía igual que a unas manos frías el fuego. Se le sujetaban a las piernas. Jugaban con sus llaves. Eddie solía limitarse

a gruñir, sin hablar nunca demasiado. Imaginaba que le gustaba porque nunca hablaba mucho.

Ahora Eddie dio un golpecito a dos niños que llevaban puestas unas gorras de béisbol con la visera al revés. Los pequeños corrieron a la vagoneta y se dejaron caer dentro. Eddie le entregó el bastón al encargado de la atracción y se acomodó poco a poco entre los dos.

—¡Allá vamos! ¡Allá vamos! —chilló un niño, mientras el otro se pasaba el brazo de Eddie por encima del hombro. Eddie bajó la barra de seguridad y, clac-clac-clac, se fueron para arriba.

Corría una historia sobre Eddie. Cuando era chaval y vivía junto a este mismo parque, tuvo una pelea callejera. Cinco chicos de la avenida Pitkin habían acorralado a su hermano Joe y estaban a punto de darle una paliza. Eddie estaba una manzana más allá, en un puesto, tomando un sándwich. Oyó gritar a su hermano. Corrió hasta la calleja, agarró la tapa de un cubo de basura y mandó a dos chicos al hospital.

Después de eso, Joe pasó meses sin hablarle. Estaba avergonzado. Él era mayor, había nacido antes, pero fue Eddie quien le había defendido.

—¿Podemos repetir, Eddie? Por favor.

Treinta y cuatro minutos de vida. Eddie levantó la barra de seguridad, dio a cada niño un caramelo, recuperó su bastón y luego fue cojeando hasta el taller de mantenimiento para refrescarse. Hacía calor aquel día de verano. De haber sabido que su muerte era inminente,

probablemente habría ido a otro sitio. Pero hizo lo que hacemos todos. Continuó con su aburrida rutina como si todavía estuvieran por venir todos los días del mundo.

Uno de los trabajadores del taller, un joven desgarrado de pómulos marcados que se llamaba Domínguez, estaba junto al depósito de disolvente; quitaba la grasa a un engranaje.

–Hola, Eddie –dijo.

–Dom –respondió Eddie.

El taller olía a serrín. Era oscuro y estaba atestado, tenía el techo bajo y en las paredes había ganchos de los que colgaban taladros, sierras y martillos. Por todos lados había partes del esqueleto de atracciones del parque: compresores, motores, cintas transportadoras, bombillas, la parte de arriba de la cabeza de un pirata. Amontonados contra una pared había botes de café con clavos y tornillos, y amontonados contra otra pared, interminables botes de grasa.

Engrasar un eje, decía Eddie, no requería mayor esfuerzo mental que fregar un plato; la única diferencia era que cuando uno lo hacía se ponía más sucio, no más limpio. Y aquél era el tipo de trabajo que hacía Eddie: engrasar, ajustar frenos, tensar pernos, comprobar paneles eléctricos. Muchas veces había ansiado dejar aquel sitio, encontrar un trabajo distinto, iniciar otro tipo de vida. Pero vino la guerra. Sus planes nunca se llevaron a cabo. Con el tiempo se encontró con canas, los pantalones más flojos y aceptando, cansino, que él era ése y lo sería siempre, un hombre con arena en los zapatos en un mundo de risas mecánicas y salchichas a la plancha. Como su padre antes que él, como indicaba la etiqueta de su camisa, Eddie se ocupaba del mantenimien-

to, era el jefe de mantenimiento o, como a veces le llamaban los niños, «el hombre de las atracciones del Ruby Pier».

—Quedaban treinta minutos.

—Oye, me he enterado de que es tu cumpleaños. Felicidades —dijo Domínguez.

Eddie gruñó.

—¿No haces una fiesta o algo?

Eddie le miró como si aquel tipo estuviera loco. Durante un momento pensó en lo extraño que era envejecer en un sitio que olía a algodón de azúcar.

—Bueno, acuérdate, Eddie, la semana que viene libro, a partir del lunes. Me voy a México.

Eddie asintió con la cabeza y Domínguez dio unos pasos de baile.

—Yo y Teresa. Vamos a ver a toda la familia. Una buena fiesta.

Dejó de bailar cuando se dio cuenta de que Eddie lo miraba fijamente.

—¿Has estado alguna vez? —dijo Domínguez.

—¿Dónde?

—En México.

Eddie echó aire por la nariz.

—Muchacho, yo nunca he estado en ninguna parte a la que no me mandaran con un fusil.

Siguió con la mirada a Domínguez, que volvía al fregadero. Pensó unos momentos. Luego sacó un pequeño fajo de billetes del bolsillo y apartó los únicos billetes de veinte que tenía, dos. Se los tendió.

—Cómprale algo bonito a tu mujer —dijo Eddie.

Domínguez miró el dinero, exhibió una gran sonrisa y dijo:

–Venga, hombre. ¿Estás seguro?

Eddie puso el dinero en la palma de la mano de Domínguez. Luego salió para volver a la zona de almacenamiento. Años atrás habían hecho un pequeño «agujero para pescar» en las tablas de la pasarela, y Eddie levantó el tapón de plástico. Tiró de un sedal de nailon que caía unos tres metros hasta el mar. Todavía tenía sujeto un trozo de mortadela.

–¿Pescamos algo? –gritó Domínguez–. ¡Dime que hemos pescado algo!

Eddie se preguntó cómo podría ser tan optimista aquel tipo. En aquel sedal nunca había nada.

–Cualquier día –gritó Domínguez– vamos a pescar un abadejo.

–Claro –murmuró Eddie, aunque sabía que nunca podrían pasar un pez por un agujero tan pequeño.

~ Veintiséis minutos de vida. Eddie cruzó la pasarela de madera hasta el extremo sur. No había mucho movimiento. La chica del mostrador de golosinas estaba acodada, haciendo globos con su chicle.

En otro tiempo el Ruby Pier era *el* sitio al que se iba en verano. Tenía elefantes y fuegos artificiales y concursos de bailes de resistencia. Pero la gente ya no iba tanto a los parques de atracciones del océano; iban a los parques temáticos, donde pagaban setenta y cinco dólares por entrar y les sacaban una foto con un personaje peludo gigante.

Eddie pasó renqueando junto a los autos de choque y clavó la mirada en un grupo de quinceañeros que se

apoyaban en la barandilla. «Estupendo –pensó–. Justo lo que necesitaba.»

–Largo –dijo Eddie golpeando la barandilla con el bastón–. Venga. Eso no es seguro

Los quinceañeros le miraron enfadados. Las barras verticales de los coches chisporroteaban con la electricidad. *Zzzap, zzzap.*

–Eso no es seguro –repitió Eddie.

Los quinceañeros se miraron unos a otros. Un chico que llevaba un mechón naranja en el pelo hizo un gesto de burla a Eddie y luego se subió a la barandilla del centro.

–Venga, colegas, pilladme –gritó haciendo gestos a los jóvenes que conducían–. Pilladme.

Eddie golpeó la barandilla con tanta fuerza que el bastón casi se le parte en dos.

–¡Fuera!

Los chicos se marcharon.

Corría otra historia sobre Eddie. Cuando era soldado, entró en combate numerosas veces. Había sido muy valiente. Incluso ganó una medalla. Pero hacia el final de su tiempo de servicio se peleó con uno de sus propios hombres. Así fue como hirieron a Eddie. Nadie sabía qué le pasó al otro tipo.

Nadie lo preguntó.

Cuando le quedaban diecinueve minutos en la tierra, Eddie se sentó por última vez en una vieja silla de playa de aluminio, con sus cortos y musculosos brazos

cruzados en el pecho como las aletas de una foca. Sus piernas estaban rojas por el sol y en su rodilla izquierda todavía se distinguían cicatrices. La verdad es que gran parte del cuerpo de Eddie sugería que había sobrevivido a algún enfrentamiento. Sus dedos estaban doblados en ángulos imposibles debido a numerosas fracturas originadas por maquinaria variada. Le habían roto la nariz varias veces en lo que él llamaba «peleas de bar». Su cara de amplia mandíbula quizá había sido alguna vez armoniosa, del modo en que puede serlo la de un boxeador antes de recibir demasiados puñetazos.

Ahora Eddie sólo parecía cansado. Aquél era su puesto habitual en la pasarela del Ruby Pier, detrás de la Liebre, que en la década de 1980 fue el Rayo, que en la de 1970 fue la Anguila de Acero, que en la de 1960 fue el Pirulí Saltarín, que en la de 1950 fue Laff en la Noche, y que antes de eso fue la Pista de Baile Polvo de Estrellas.

Que fue donde Eddie conoció a Marguerite.

~ Toda vida tiene un instante de amor del de verdad. Para Eddie, el suyo tuvo lugar una cálida noche de septiembre después de una tormenta, cuando la pasarela de madera estaba lavada por la lluvia. Ella llevaba un vestido de algodón amarillo y un pasador rosa en el pelo. Eddie no habló mucho. Estaba tan nervioso que tenía la sensación de que la lengua se le había pegado a los dientes. Bailaron con la música de una gran orquesta, la orquesta de Delaney el Larguirucho y sus Everglades. La invitó a una limonada. Ella dijo que se tenía que ir antes de que se enfadaran sus padres. Pero cuando se alejaba, se volvió y le saludó con la mano.

Aquél fue el instante. Durante el resto de su vida, siempre que pensaba en Marguerite, Eddie veía aquel momento, a ella despidiéndose con la mano, el pelo oscuro cayéndole sobre un ojo, y sentía el mismo acelerón arterial de amor.

Aquella noche volvió a casa y despertó a su hermano mayor. Le dijo que había conocido a la chica con la que se iba a casar.

–Duérmete, Eddie –gruñó su hermano.

Sssh. Una ola rompió en la playa. Escupió algo que no quiso ver. Lo lanzó lejos.

Sssh. Antes pensaba mucho en Marguerite. Ahora ya no tanto. Ella era como una herida debajo de un antiguo vendaje, y él se había ido acostumbrando al vendaje.

Sssh.

¿Qué era herpes?

Sssh.

Dieciséis minutos de vida.

~ Ninguna historia encaja por sí sola. A veces las historias se tocan en los bordes y otras veces se tapan completamente una a otra, como piedras debajo de un río.

El final de la historia de Eddie quedó afectado por otra historia aparentemente inocente, de meses antes; una tarde con nubes en que un joven llegó al Ruby Pier con tres amigos.

El joven, que se llamaba Nicky, acababa de empezar a conducir y todavía no se sentía cómodo llevando un llavero. De modo que sacó únicamente la llave del

coche y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta, luego se ató la chaqueta a la cintura.

Durante las horas siguientes, él y sus amigos se subieron a todas las atracciones más rápidas: el Halcón Volador, el Amerizaje, la Caída Libre, la Montaña Rusa Fantasma.

—¡Sin manos! —gritó uno de ellos.

Alzaron las manos al aire.

Más tarde, cuando había oscurecido, volvieron al aparcamiento, agotados y entre risas, tomando cervezas que llevaban dentro de bolsas de papel de estraza. Nicky metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y buscó. Soltó un taco.

La llave había desaparecido.

~ Catorce minutos para su muerte. Eddie se secó la frente con un pañuelo. Allá en el océano, diamantes de luz del sol bailaban en el agua, y Eddie contempló su vivo movimiento. No había vuelto a estar bien de pie desde la guerra.

Pero volvió a la Pista de Baile Polvo de Estrellas con Marguerite; allí Eddie había sido tocado por la gracia. Cerró los ojos y se abandonó a la evocación de la canción que les había unido, la que Judy Garland cantaba en aquella película. Se mezclaba dentro de su cabeza con la cacofonía de las olas rompiendo y los niños gritando en las atracciones.

—Hiciste que te amara...

Ssshbb.

—Yo no quería...

Splllaaashbb.

—... amarte...

Sssbbh.

—... siempre lo sabrás, y siempre...

Spillaaashhh.

—... lo sabrás...

Eddie notó las manos de ella en sus hombros. Apretó los ojos con fuerza para hacer más vívido el recuerdo.

~ Doce minutos de vida.

—Perdone.

Una niña, puede que de unos ocho años, estaba de pie delante de él, tapándole el sol. Tenía rizos rubios y llevaba sandalias, unos vaqueros cortados y una camiseta verde lima que llevaba un pato de dibujos animados en la parte de delante. Amy, pensó que se llamaba. Amy o Annie. Había estado por allí muchas veces aquel verano, aunque Eddie nunca vio a una madre o a un padre.

—Perdoone —repitió la niña—. ¿Eddie Mantenimiento?

Eddie soltó un suspiro.

—Sólo Eddie —dijo.

—¿Eddie?

—¿Sí?

—¿Puede hacerme...?

Unió las manos como si rezara.

—Vamos, niña. No tengo todo el día.

—¿Puede hacerme un animal? ¿Puede?

Eddie alzó la vista, como si tuviera que pensarlo. Luego se buscó en el bolsillo de la camisa y sacó tres limpiapipas amarillos que llevaba con aquel objetivo.

—¡Qué bien! —dijo la niña dando palmadas.

Eddie empezó a retorcer los limpiapipas.

—¿Dónde están tus padres?

—Montando en las atracciones.

—¿Sin ti?

La niña se encogió de hombros.

—Mamá está con su novio.

Eddie alzó la vista. Ah.

Dobló los limpiapipas en varios círculos pequeños, luego enrolló con cuidado los círculos uno en torno a otro. Ahora le temblaban las manos, de modo que le llevaba más tiempo que antes, pero los limpiapipas pronto tenían la forma de una cabeza, unas orejas, cuerpo y un rabo.

—¿Un conejo? —dijo la niña.

Eddie guiñó el ojo.

—¡Graaacias!

La niña se puso a dar vueltas, perdida en ese sitio donde los niños ni siquiera saben que se les mueven los pies. Eddie se volvió a secar la frente, luego cerró los ojos, se hundió en la silla de playa y trató de que la vieja canción le volviera a la cabeza.

Una gaviota graznó mientras pasaba volando por encima de él.

~ ¿Cómo eligen las personas sus últimas palabras? ¿Se dan cuenta de su importancia? ¿Han sido señaladas por el destino para que sean inteligentes?

A sus ochenta y tres años Eddie había perdido a casi todos los que le habían importado. Unos murieron jóvenes, y a otros se les había dado la oportunidad de hacerse viejos antes de que una enfermedad o un accidente se los llevara. En sus funerales, Eddie escuchaba cómo

los asistentes recordaban sus últimas palabras. «Es como si supiera que iba a morir...», decían algunos.

Eddie nunca lo creía. Por lo que sabía, cuando te tocaba, te tocaba, eso era todo. Podías decir algo inteligente al irte, pero también era posible que dijeras algo estúpido.

Que conste, las últimas palabras de Eddie serían:

—¡Atrás!

— Éstos son los sonidos de los últimos minutos de Eddie en la tierra. Olas que rompen. El lejano estrépito de música de rock. El zumbido del motor de un pequeño biplano que lleva un anuncio a la cola. Y esto:

—¡Dios mío! ¡Miren!

Eddie notó que los ojos se le disparaban debajo de los párpados. Con los años, había llegado a familiarizarse con todos los ruidos del Ruby Pier y podía dormir a pesar de ellos como si fueran una canción de cuna.

Aquella voz no era de una canción de cuna.

—¡Dios mío! ¡Miren!

Eddie se puso de pie como impulsado por un resorte. Una mujer con brazos rollizos y con hoyuelos alzaba una bolsa de la compra y señalaba algo gritando. Un pequeño grupo se había reunido en torno a ella; todos miraban al cielo.

Eddie lo vio de inmediato. En la parte de arriba de la Caída Libre, la nueva atracción «caída de la torre», una de las vagonetas estaba inclinada en ángulo, como si intentara volcar su carga. Cuatro pasajeros, dos hombres y dos mujeres, sujetos únicamente por una barra de seguridad, se agarraban frenéticamente a lo que podían.

–¡Oh, Dios mío! –gritó la mujer gorda–. ¡Se van a caer!

Una voz graznó por la radio del cinturón de Eddie.

–¡Eddie! ¡Eddie!

Él pulsó el botón.

–¡Lo estoy viendo! ¡Llama a seguridad!

Personas que subían corriendo de la playa señalaban como si hubieran ensayado esa escena. «¡Mirad! ¡Allá arriba! ¡Una atracción se ha soltado!» Eddie agarró su bastón y fue cojeando hasta la valla de seguridad que rodeaba la base de la plataforma; el manajo de llaves sonaba contra su cadera. El corazón se le había desbocado.

En la Caída Libre dos vagonetas hacían un descenso de esos que revuelven el estómago y se detenía en el último instante debido a un chorro de aire hidráulico. ¿Cómo se habría soltado una vagoneta así? Estaba ladeada unos centímetros por debajo de la plataforma superior, como si hubiera empezado a bajar y luego hubiera cambiado de idea.

Eddie llegó a la puerta y tuvo que tomar aliento. Domínguez venía corriendo desde el taller y casi se estrelló contra él.

–¡Óyeme bien! –dijo Eddie agarrando a Domínguez por los hombros. Le apretaba con tanta fuerza que Domínguez hizo una mueca de dolor–. ¡Óyeme bien! ¿Quién está ahí arriba?

–Willie.

–Bien. Debe de haber accionado la parada de emergencia. Por eso está colgando la vagoneta. Sube por la escalerilla y dile que libere manualmente la sujeción de seguridad para que esas personas puedan salir. ¿Vale? Está al fondo de la vagoneta, así que vas a tener que

sujetarlo mientras él se estira. ¿Entendido? Luego..., luego los dos... Los dos, no uno solo, ¿lo entiendes?, los dos sacáis a esa gente. Uno sujeta al otro. ¿Entendido?

Domínguez asintió rápidamente con la cabeza.

—¡Después mandad esa puñetera vagoneta abajo para que podamos saber lo que pasó!

La cabeza de Eddie latía. Aunque en su parque nunca había habido accidentes importantes, conocía terribles historias relacionadas con su profesión. Una vez, en Brighton, un perno se desenroscó de una góndola y dos personas cayeron y se mataron. Otra vez, en el Parque de las Maravillas, un hombre había intentado cruzar el carril de una montaña rusa; cayó y quedó sujeto por los sobacos. Quedó encajado y empezó a chillar al ver que las vagonetas iban a toda velocidad hacia él y... Bueno, fue horrible.

Eddie se quitó aquello de la mente. Ahora había gente a su alrededor, tapándose la boca con la mano, mirando cómo Domínguez trepaba por la escalerilla. Eddie trató de recordar las entrañas de la Caída Libre. «Motor. Cilindros. Hidráulica. Juntas. Cables.» ¿Cómo se podía soltar una vagoneta? Siguió visualmente la atracción, desde las cuatro personas aterradas de la cima, bajando por el eje, hasta la base. «Motor. Cilindros. Hidráulica. Juntas. Cables.»

Domínguez llegó a la plataforma superior. Hizo lo que Eddie le había dicho, agarró a Willie mientras éste se estiraba hacia la parte de atrás de la vagoneta para soltar la sujeción. Una de las ocupantes se lanzó hacia Willie y casi lo echó fuera de la plataforma. La multitud contuvo el aliento.

—Espera... —se dijo Eddie a sí mismo.

Willie probó de nuevo. Esta vez logró accionar el dispositivo de seguridad.

–El cable –murmuró Eddie.

La barra se levantó y la multitud soltó un:

–Oooh.

Llevaron rápidamente a los ocupantes a la plataforma.

–El cable se está rompiendo...

Eddie tenía razón. En el interior de la base de la Caída Libre, oculto a la vista, el cable que subía a la vagoneta número 2 había estado rozando durante los últimos meses en una polea bloqueada, que había ido serrando los hilos de acero del cable –como si pelara una espiga de trigo– hasta que prácticamente estuvieron cortados. Nadie lo había notado. ¿Cómo lo iban a notar? Sólo una persona que hubiera reptado dentro del mecanismo podría haber visto la improbable causa del problema.

La polea estaba bloqueada por un objeto pequeño que debía de haber caído por la abertura en algún momento.

Una llave de coche.

–¡No sueltes la vagoneta! –gritó Eddie. Hacía gestos con las manos–. ¡Oye! ¡Oooye! ¡Es el cable! ¡No sueltes la vagoneta! ¡Se partirá!

La multitud apagó su voz. Vitoreaba enfebrecida mientras Willie y Domínguez descargaban al último ocupante. Los cuatro estaban a salvo. Se abrazaban encima de la plataforma.

–¡Dom! ¡Willie! –gritaba Eddie. Una persona chocó contra su cintura, tirando su *walkie-talkie* al suelo. Eddie

se dobló para recogerlo. Willie fue a los controles. Puso el dedo encima del botón verde. Eddie alzó la vista.

–¡No! ¡No! ¡No! ¡No hagas eso!

Eddie se volvió hacia la multitud.

–¡Atrás!

Algo de la voz de Eddie debía de haber atraído la atención de la gente; dejaron de soltar vítores y empezaron a dispersarse. Se hizo un claro debajo de la Caída Libre.

Y Eddie vio la última cara de su vida.

Caída encima de la base metálica de la atracción, como si alguien la hubiera tirado allí, la nariz moqueándole y las lágrimas llenándole los ojos, estaba la niña con el animal hecho con limpiapipas. ¿Amy? ¿Annie?

–Mami..., mamá..., mamá –balbuceaba, casi rítmicamente, paralizada, como los niños cuando lloran.

–Mami... Mamá..., mami... Mamá...

La mirada de Eddie saltó de ella a las vagonetas. ¿Tenía tiempo? Ella y las vagonetas...

Whump. Demasiado tarde. Las vagonetas caían... «¡Dios santo, ha soltado el freno!» Para Eddie todo sucedió como a cámara lenta. Dejó caer su bastón e hizo esfuerzos con su pierna mala hasta que notó una descarga de dolor que casi lo hizo caer. Un gran paso. Otro paso. Dentro de la caja de la Caída Libre, se rompió el último hilo del cable y destrozó la conducción hidráulica. La vagoneta número 2 ahora caía como un peso muerto, nada la podría detener, una roca cayendo por un despeñadero.

En aquellos momentos finales, a Eddie le pareció oír el mundo entero: gritos lejanos, olas, música, una ráfaga de viento, un sonido grave, intenso y feo que, compren-

dió, era su propia voz que le perforaba el pecho. La niña alzó los brazos. Eddie se lanzó. Su pierna mala le falló. Medio volando, medio tambaleándose avanzó hacia la pequeña y cayó en la plataforma metálica, que desgarró su camisa y le abrió la carne, justo debajo de la etiqueta en la que se leía «EDDIE» y «MANTENIMIENTO». Notó dos manos en la suya, dos manos pequeñas.

Hubo un gran impacto.

Un cegador relámpago de luz.

Y después, nada.